

EL TIEMPO EN EL PENSAMIENTO GRIEGO.

*Luis Gananiel Quiñones Martínez*¹

Revista de Historia de la UJED, 5, enero-diciembre, 2013. ISSN: 2007-3852

1 Licenciado en Letras Clásicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Este texto fue presentado en el Curso Monográfico de Historiografía Griega, dirigido por el Dr. Roberto Fernández de Castro, Profesor-Investigador de El Colegio de Letras Clásicas de la FFyL de la UNAM.



Adquirir conciencia y cuestionar las estructuras más elementales sobre las que se cimienta la experiencia de la vida y del mundo del hombre es, sin duda alguna, un gran logro del espíritu inquisitivo. En este sentido, una de las aportaciones griegas de mayor relieve para el establecimiento del lugar del hombre en el universo es la conciencia del tiempo, así como todo el sistema interpretativo que fueron formulando a través de su desarrollo intelectual y espiritual.

Entre los griegos no existe una concepción única del tiempo, así como la manera en que lo experimentan tampoco es una. Para comenzar, en los poemas homéricos ya se puede apreciar una experiencia, si no una conciencia del tiempo, la cual está pensada en términos espaciales y respecto de la cual los poetas conciben una orientación. Aún no se desarrolla una concepción abstracta del tiempo sino que, por el contrario, su concepción está por completo sustentada en la experiencia inmediata de vida.

Ahora bien, si con Homero se inaugura, al menos para el lector actual, la experimentación occidental del tiempo, cabría preguntarse por qué su concepción es como es. La referencia al tiempo en términos espaciales, por ejemplo, acaso está condicionada por la lengua misma, pues sin duda la malla de tiempo y espacio del mundo griego se conceptualiza dentro del sistema de preposiciones, y éstas, de acuerdo a la gramática histórica, son antiguos nombres en locativo. Por otra parte, qué razón hay para pensar que el hombre deja "atrás" el pasado y sigue "en pos" del futuro, con una dirección inalterable.

Sea como sea, el tiempo está en un comienzo estrechamente ligado a la experiencia actual del hombre, de ahí que sean fenómenos naturales los medios a través de los cuales se percibe el paso del tiempo, así como la constatación de la repetición de ciertos hechos hace ver al hombre griego que existe un cierto marco de potencialidades en el futuro, que dentro de un margen de error se concretizan en el presente y se agota en el pasado. Entonces, la experiencia del tiempo está circunscrita al ciclo de la vida del hombre, y así en Hesíodo las diferentes razas se diferencian por la distinta manera en que experimentan el tiempo vital, es decir, por la manera y la 'extensión' de tiempo que viven.

El tiempo, además, significa para el hombre ordenación universal, y esto se debe atribuir al hecho, ya mencionado, de que el punto de referencia para experimentarlo es la constatación de patrones más o menos regulares en los fenómenos naturales. El paso siguiente y natural de esta concepción fue darle al tiempo una valoración moral. De nuevo, el modo en que las razas de Hesíodo experimentan el tiempo está indiscutiblemente ligado a la vida ética y moral del hombre, aunque las causalidades aún no están del todo establecidas, es decir, no se ha determinado si la cualidad del tiempo es lo que condiciona la existencia o, al revés, es la vida del hombre la que determina la cualidad del tiempo.

La observación del paso del tiempo en los fenómenos naturales y en la vida del hombre conlleva una contradicción latente, pues mientras que los fenómenos naturales proporcionan la perspectiva de un proceso repetitivo, la vida del hombre, o mejor su muerte, deja manifiesto el carácter irreversible del paso del tiempo. Posteriormente el hombre encuentra un nuevo punto de referencia para la concepción del tiempo en estructuras cuyo ciclo vital es más extenso y cuya naturaleza es supraindividual. Las ciudades y sus instituciones cambian el foco con el que el hombre veía el tiempo, y la indagación de la naturaleza del tiempo pasa de ser casi completamente práctica e inmediata, a ser abstracta, filosófica y trascendente. El tiempo pasa de ser una experiencia a ser una conciencia.

En Herodoto aparece una nueva concepción del tiempo. No sólo la conciencia del tiempo pasado adquiere una amplitud y una preponderancia manifiesta en el presente concreto de los individuos y de las instituciones en las que se encuentran, sino que incluso aparece una clara conciencia de su historicidad, en el sentido de que Herodoto alcanza a percibir las potencialidades que el pasado proyecta hacia el futuro, así como las que el futuro proyecta hacia el presente. Todo esto finalmente lleva a la percepción de una evolución histórica continua.

El intento por determinar y explicar el tiempo de manera abstracta es la principal característica de la especulación filosófica acerca del mismo. A pesar de que la experiencia vital que del tiempo puede tener el hombre inevitablemente condiciona su conceptualización, los intentos que siguieron a finales del siglo V a.C. en adelante buscaron por todos los medios librarse de esa

estrechez de perspectiva para encontrar la esencia supra sensorial del tiempo. Los resultados presentan distintas facetas. Un cambio progresivo es la idea de que el tiempo deja de ser estático, deja de ser un 'espacio' vital en el que la existencia se desenvuelve, es decir, adquiere dinamismo. Anaximandro, por ejemplo, lo presenta como garante eventual de la justicia y el orden cósmico. Pero de este dinamismo concedido al tiempo, surge la noción de que todo objeto físico está sujeto a cambios temporales, es decir, que todo (todo estado?) está sujeto a una duración finita.

Una reacción a esta tesis, y como resultado de la búsqueda de la realidad absoluta del tiempo, fue sostener precisamente lo contrario, esto es, que el tiempo es en realidad atemporal, que pasado y futuro no son predicables puesto que en cuanto tales no poseen duración, y que el presente es un estado infinito, según la afirmación de Parménides del tiempo que únicamente "es". Otro aspecto que adquiere el tiempo en estos intentos por asir su esencia, es la del tiempo circular y reiterativo. A partir de la idea de los pitagóricos de reencarnación, no sólo se plantea que el alma se perpetúa a través de la transmigración, sino que incluso la singularidad de los acontecimientos de que ésta es móvil está inexorablemente destinada a volver a suceder, delimitando de este modo la inconmensurabilidad del tiempo en el sentido de que las potencialidades del pasado y del futuro se ven reducidas a una repetición.

Una más de las consecuencias de presentar el tiempo como dinámico, fue la focalización en el proceso, en el cambio como esencia y punto de inflexión entre las dos polaridades en que se miraba el tiempo. De aquí comenzó la indagación acerca de las unidades en que el tiempo se estructuraba. El espacio y el tiempo son continuos y divisibles al infinito, pero por su misma capacidad de analizarse en unidades divisibles, son discontinuos compuestos de indivisibles, esta es la tesis de la teoría atomista del tiempo. Es curioso, y dicho sea de paso, la percepción del tiempo al comienzo se realiza desde una perspectiva individual y contingente, según la experiencia inmediata del individuo, en seguida cambia su perspectiva por macroestructuras supraindividuales hasta llegar a una concepción cosmológica del tiempo, y finalmente el análisis se enfoca en microestructuras hasta llegar al concepto del instante inasible, sin tiempo.

Desde el momento en que el tiempo deviene dinámico, la relación tiempo-espacio-movimiento se convierte en una de las características del análisis griego. La regularidad del movimiento de los cuerpos celestes sintetiza esta esencia tripartita en la percepción del tiempo. Hay tres posibilidades en esta tesis: primera, el movimiento de los cuerpos celestes da el referente con el cual el hombre percibe el tiempo, es decir, el movimiento da la medida del tiempo; segunda, el tiempo es el que da la medida del movimiento de los cuerpos celestes, y tercera, el tiempo es el movimiento.

Por esta misma razón surge en seguida una necesidad de jerarquizar las variables. ¿La creación tuvo lugar dentro del tiempo, el tiempo es parte de esa creación o es la ininterrumpida creación misma? Se tiene, pues, la bella imagen de Platón del tiempo como imagen de la eternidad. La identificación del tiempo con la creación se plantea en términos del cambio. El cambio no existe sin el tiempo, como el tiempo no se percibe sin el cambio.

Aristóteles rechaza la identificación del tiempo con el movimiento. Identifica la esencia del tiempo como el punto de intersección entre el pasado y el futuro, la relación que existe entre lo anterior y lo posterior. La analogía con el punto geométrico es bastante afortunada, y de nuevo deja manifiesto que el tiempo se concibe en términos espaciales. El tiempo como un segmento, continuo y divisible al infinito, formado por instantes inasibles y vacíos de tiempo. Plotino, retomando la tradición platónica, presenta al tiempo como imagen de la eternidad. Y la eternidad es el alma, el intelecto universal que finalmente es el único que puede tener una apreciación global del tiempo, de la eternidad.

Con Agustín la tensión que existía dentro del "es", donde se encuentran el pasado y el futuro, desaparece, pues él otorga entidad predicable al pasado y al futuro dentro del presente. Esto, se puede resaltar, es manifiesto en la estructuración de los tiempos verbales dentro del griego, donde no es raro encontrar un pasado que tiene vigencia dentro del presente, e incluso dentro del futuro (aoristo gnómico), un presente que predica algo del pasado o del futuro, así como un futuro de vigencia presente.

Como ya se dijo en un comienzo, hay algunas cuestiones de fondo que necesitarían ser elucidadas para tener una mejor comprensión ya no del modo en que los griegos percibieron y conceptualizaron el tiempo, sino incluso del modo en que hoy

por hoy el tiempo se concibe, y su relación con el lugar que el hombre tiene dentro del universo. Incluso en el supuesto de que no exista una respuesta esencialista y que el resultado arroje la constatación de estructuras arbitrarias, pues como dijo Borges, “que (el tiempo) fluye del pasado hacia el porvenir es la creencia común, pero no es más ilógica la contraria”, aun así, o más aún, precisamente por eso la humanidad tendría la satisfacción de saberse superada por su propia capacidad y, por otra parte, quizá la misma conceptualización del tiempo como orientado con una sola dirección quedaría superada.